

**Diego Núñez**

# **La “cuestión social” y la génesis de la sociología.**

**Facultad de Filosofía,  
Universidad Autónoma, Madrid.**

## **I. EL ESPIRITU POSITIVO Y EL NUEVO ORDEN SOCIAL**

Ante la nueva sociedad surgida de la Revolución francesa — una sociedad ante todo urbana e industrial — y ante los crecientes conflictos sociales que su propia dinámica comenzaba a generar, nos vamos a encontrar en la Europa desarrollada de la primera mitad del siglo XIX con tres grandes líneas básicas de pensamiento. Una línea tradicionalista, que, como su nombre indica, rechaza la nueva situación social mirando con nostalgia hacia atrás, hacia el perdido pasado rural y medieval, y realizando una crítica a veces acre y virulenta, pero generalmente de corte moralista, religioso o puramente literario; una segunda línea, de carácter socialista — un socialismo primero utópico, y después científico —, que viene a representar una verdadera alternativa crítica al Orden posrevolucionario, en la medida que asumiendo los logros materiales del desarrollo histórico, propone un modelo distinto de organización social; y por último, y de modo socialmente hegemónico, una tercera actitud encaminada a consolidar y a racionalizar el Orden social recién conquistado. De esta manera, el

pensamiento liberal abandona el sentido crítico o negativo que había tenido en la Ilustración frente a las instituciones del Viejo Régimen para adoptar unos derroteros «positivos», esto es, afirmadores y fundamentadores del Nuevo Régimen. En este sentido, si ya Saint-Simon marcara primero las urgencias y tareas precisas que este pensamiento debía afrontar, será sobre todo Comte, su discípulo, quien lo lleve a su grado máximo de sistematización y coherencia.

Comte inicia su *Curso de Filosofía Positiva* con una mirada retrospectiva y satisfecha hacia lo conseguido hasta entonces por la trayectoria del saber moderno. Hay primordialmente un reconocimiento de la deuda contraída por la filosofía positiva con la labor realizada por Bacon, Descartes y Galileo, a quienes se debe el comienzo de «la preponderancia de tal filosofía»<sup>1</sup>. No cabe duda que hay en este inicio una loable postura de honestidad historicista. Poco después, el filósofo francés pasa a caracterizar con total nitidez el «espíritu» de la cultura moderna: «Es preciso concebir el estudio de la naturaleza — nos dice — como destinado a establecer la verdadera base racional de la acción del hombre sobre la naturaleza, puesto que el conocimiento de las leyes de los fenómenos, cuyo resultado constante nos permite predecirlos, puede evidentemente conducirnos, en la vida activa, a modificarlos en nuestro provecho. Nuestros medios naturales y directos para accionar sobre los cuerpos que nos rodean son extremadamente débiles, y completamente desproporcionados con nuestras necesidades. Siempre que nosotros llegamos a ejercer una gran acción, es solamente porque el conocimiento de las leyes naturales nos permite introducir algunos elementos modificadores, que, por débiles que sean, bastan en ciertos casos para hacer tomar a nuestra satisfacción los resultados definitivos del conjunto de las causas exteriores. En suma *saber para prever, prever para actuar*: he ahí la fórmula simple que expresa, de una manera exacta, la relación general de la *ciencia* y la *arte*, tomando estas dos expresiones en su acepción total»<sup>2</sup>.

Tras delimitar la finalidad del saber en la civilización moderna y subrayar la importancia del método positivo como vía segura de conocimiento — importancia que venía respaldada por su indiscutible fecundidad durante tres siglos en el campo científico-natural —, Comte no duda en dar el paso siguiente. Si la aplicación de dicho método a los fenómenos naturales ha sido de gran rentabilidad, no sólo desde el punto de vista estrictamente científico sino en su proyección práctico-tecnológica y el consiguiente dominio de la Naturaleza, su uso ahora para el estudio de los fenómenos sociales ha de ser igualmente oportuno y provechoso. «He aquí la gran, pero evidentemente la sola laguna — afirma Comte patentizando el objetivo primordial de su *Curso* — que se trata de cubrir para acabar de constituir la filosofía positiva. Ahora que el espíritu humano ha fundado la física celeste, la física terrestre, sea mecánica, sea química; la física orgánica, sea vegetal o animal, le queda para terminar el sistema de ciencias de observación la fundación de la *física social*. Tal es hoy, bajo diversos aspectos capitales, la más grande y urgente tarea de nuestra inteligencia: tal es, me atrevo a decir, la meta principal de este curso, su fin específico»<sup>3</sup>. Las lecciones 46 y 47 del *Curso* están dedicadas precisamente a justificar la «necesidad» de un «análisis racional y positivo de los fenómenos sociales» de cara a una organización científica del estado social presente. Esto es, Comte trata de demostrarnos por qué en dicho momento se hace posible y conveniente la aparición de la ciencia social, no sólo desde el ángulo epistemológico de completar el cuadro del saber — ya no sólo natural, sino también social —, sino además con vistas a ordenar eficazmente el nuevo Orden social.

Estamos, pues, en presencia de los factores básicos que van a posibilitar el

surgimiento de la Sociología como ciencia, así como de su significado pragmático: el método positivo — que tan excelentes resultados estaba dando en el campo natural — y el nuevo Orden social emergente de la Revolución francesa. Si en atención al método empleado y a sus intenciones epistemológicas, la nueva ciencia se llamará «Física social», desde la óptica de su objeto de análisis, iba a estar igualmente delimitada. En la nueva sociedad posrevolucionaria, emancipada ya del Estado absoluto, los fenómenos sociales van a cobrar un perfil gnoseológico propio, autónomo, convirtiéndose así en claro objeto de conocimiento científico. La génesis del saber sociológico se enmarca de este modo dentro de unas coordenadas socio-históricas muy concretas.

Y no se trata sólo de conocer tales hechos sociales, sino que es preciso también, consecuentemente con el sentido de todo el saber moderno, controlar y ordenar su dinámica. El conocimiento sociológico será la base científica más adecuada para actuar en la realidad social. Si la Física estaba permitiendo el dominio de la Naturaleza, la Sociología había de posibilitar el control de la sociedad. Ciencia y acción aparecen de nuevo íntimamente entrelazadas. Como el mismo Comte dirá al comienzo de su otra gran obra, el *Sistema de Política Positiva*, «el positivismo se compone esencialmente de una filosofía y de una política, que son inseparables, constituyendo la una la base y la otra el fin de un mismo sistema universal, donde la inteligencia y la sociabilidad se encuentran estrechamente combinadas»<sup>4</sup>.

No puede expresarse con más claridad el sentido y finalidad del nacimiento de la ciencia sociológica. La Sociología surge, pues, como ciencia de fundamentación y organización, como el más oportuno vehículo que proporciona la apoyatura científica para la actividad ordenadora de la nueva sociedad. No en vano, además, va a nacer en Francia, donde las circunstancias históricas ofrecían las más propicias condiciones.

## II. LA ARMONIA ENTRE LA CIENCIA Y EL ARTE

Así reza literalmente el título del segundo apartado con el que Comte caracteriza el «destino del espíritu positivo». Se trata ahora de preparar la base conceptual para la proyección operativa de la ciencia sociológica. El pensamiento comtiano traza así un recorrido interno completo y orgánico. La caracterización del método positivo aparece como la antesala indispensable para la fundación de la Sociología, y a su vez ésta surge como el fundamento necesario de cara a la elaboración de una adecuada política positiva que trate de controlar las tensiones del orden social. «La concepción racional de la acción del hombre sobre la naturaleza ha permanecido limitada esencialmente al mundo inorgánico — afirmará Comte en el *Discurso del espíritu positivo* —, de donde resultaría una excitación científica demasiado imperfecta. Cuando esta inmensa laguna se haya llenado lo bastante, como empieza hoy a estarlo, se podrá uno dar cuenta de la importancia fundamental de este gran destino práctico para estimular habitualmente, e incluso a menudo para dirigir las mejor, las más eminentes especulaciones, bajo la única condición normal de una positividad constante. Pues el arte no será ya entonces tan sólo geométrico, mecánico o químico, sino también, y sobre todo, político y moral, ya que la principal acción ejercida por la Humanidad debe consistir, en todos los aspectos, en el mejoramiento continuo de su propia naturaleza. Cuando esta espontánea solidaridad de la ciencia con el arte haya podido organizarse así de modo conveniente, no puede dudarse que, lejos de tender en forma alguna a restringir las sanas especulaciones filosóficas, les asignaría un oficio final demasiado superior a su

alcance efectivo, si no se hubiera reconocido de antemano, como principio general, la imposibilidad de hacer al arte puramente racional, es decir, de elevar nuestras previsiones teóricas al verdadero nivel de nuestras necesidades prácticas». Y añade Comte finalmente: «Esta tendencia espontánea a constituir directamente una armonía entera entre la vida especulativa y la vida activa debe mirarse al fin como el más feliz privilegio del espíritu positivo, ninguna de cuyas otras propiedades puede manifestar tan bien su verdadero carácter y facilitar su ascendiente real»<sup>5</sup>.

Valga la larga cita anterior para seguir con perfecta nitidez la estructura lógica de la obra comtiana, en cuanto que los párrafos precedentes constituyen la más clara fundamentación teórica general de la subsiguiente relación entre la ciencia sociológica y la actividad social. Aquí sólo nos interesa constatar cómo tal problema, lejos de ser un asunto accidental, aparece íntimamente vinculado a la intención genética de la fundación de la Sociología, explicitado en sus más eximios representantes — Saint-Simon y Comte. De ellos precisamente va a arrancar toda una línea de racionalización operativa de la sociedad industrial a lo largo del siglo xix francés — país prototipo de los problemas sociales planteados por el dinamismo industrial —, que va a culminar en «La división del trabajo social», de Durkheim, como propuesta científica para una organización racionalizada de una sociedad económicamente avanzada.

Es preciso, pues, racionalizar también, mediante la orientación científica, la acción social, esto es, lo que más tarde vendría en llamarse la «política social». Arte y ciencia se reconcilian así, no sólo en el ámbito tecnológico-natural, sino también en el político-social. Este será el sentido más estricto y riguroso del adjetivo «positiva» con que Comte apellida a su «política». La prueba más palpable de estas relaciones la tendremos más tarde, en la misma Francia, en el papel de fundamentación teórica que ocupa esta línea comtiana — y especialmente, Durkheim — respecto a la III República francesa, papel que el mismo Gambetta no duda en proclamar al subir al Poder.

El planteamiento de lo social — o de lo que luego se llamaría la «cuestión social» como problema derivado del industrialismo — aparecerá en la biografía intelectual de Comte de manera muy temprana. «Pongámonos en relación con los hombres para trabajar en el mejoramiento de su suerte», escribía Comte a su amigo Valat el 24 de septiembre de 1819, apenas alcanzada la mayoría de edad. Aunque todavía el nacimiento de la Sociología iba a esperar veinte años, no cabe duda de que esta primera preocupación social nos aporta bastante luz sobre la intencionalidad de la fundación de la ciencia sociológica. Tres años más tarde, en 1822, Comte elabora su «Plan des travaux scientifiques nécessaires pour réorganiser la société». Aquí tenemos ya perfecta y nitidamente formulada la verdadera motivación y sentido de la creación de la ciencia social. Comte confía en esa obra — como buen heredero de la Ilustración — en que las demostraciones racionales producirán el fin de las aberraciones del orden social; unas aberraciones que de modo más inmediato se patentizaban en la miserable condición social del proletariado parisino tras la Revolución. Pero si Comte se mueve en la órbita del supuesto ilustrado, al mismo tiempo plantea el problema en términos de completa novedad. Como señala acertadamente P. Arnaud, en su obra *Sociología de Comte*, «no faltaban reformadores desde que hacia mediados del siglo xviii el gran problema de Europa, y sobre todo de Francia, venía a ser la necesidad de refundir su sistema político y social tradicional. Mas para Comte no se trata ya de predicar, de exhortar, de movilizar el sentimiento y la conciencia; lo que en adelante va a pedir el espíritu europeo son demostraciones. Así, pues, la reforma intelectual que conviene promover no se distinguirá solamente de las transformaciones pasadas por el

contenido del sistema de ideas generales que ocupará el lugar del antiguo, sino por la forma en la que se presentará ese nuevo sistema; forma que tendrá que inspirarse en el mismo espíritu que los demás sistemas mediante los cuales la inteligencia humana ordena lo real: las ciencias exactas y las ciencias de la Naturaleza»<sup>7</sup>. Esto es, el camino más eficaz para llevar a cabo tal reordenación de la sociedad en un sentido más justo y solidario no será ya de carácter moralista, sentimental o puramente afectivo, sino que vendrá definido por su carácter marcadamente «positivo», y, como hemos visto renglones atrás, positivo equivale a tanto como decir sólidamente fundado en la ciencia. De ahí en definitiva que el arma más segura para afrontar la reorganización de la sociedad sea una correcta «política científica».

Comte se afana, pues, en fundamentar la praxis social en bases positivas, es decir, científicas, tal como más tarde Marx pretenderá positivar también la praxis política de signo socialista, transformando el socialismo de utópico en científico. Son en este sentido intenciones similares, que vienen presididas por el denominador común de una época cientista en el desarrollo del saber moderno. Y si en Comte semejante empeño de una acción racionalizada va a originar la aparición de la Sociología como ciencia, en Marx provocará la elaboración de una teoría científica de la historia.

### III. SOCIOLOGIA Y ARTE SOCIAL EN ESPAÑA

Vamos a pasar ahora a examinar brevemente el planteamiento de este problema a nivel teórico dentro del pensamiento español sociológico de la primera etapa (1880-1920). Lo primero que habría que decir en este sentido es que una de las características más constantes del saber sociológico español radica en su frecuente proyección «práctica» en el terreno social y político. El análisis sociológico acabará convirtiéndose, tanto en el sector liberal como en el católico social, en un pilar básico de fundamentación científica de la línea de «reformismo social» que cuaja por esos años en el país. La mayoría de los pensadores liberales, generalmente de raigambre institucionista, que protagonizan los movimientos reformistas en el gozne de los siglos XIX y XX, ven en el saber sociológico un eficaz y oportuno instrumento científico en sus afanes de racionalización y ordenación moderna de la sociedad española. Hasta qué punto llegó a cumplir la Sociología en nuestro país semejante cometido, es asunto que escapa al puro plano cientista, y remite — a modo de telón de fondo histórico — a los avatares y frustraciones básicas de la revolución burguesa en España. Lo que sí es un hecho indudable es que la cuestión teórico-práctica — que desde el principio venimos aquí debatiendo — de cómo fundamentar la praxis política y social en el conocimiento científico de la realidad sobre la que se pretende operar, constituye un tema central para los sociólogos españoles de esta época.

Esta dimensión «practicista» de la Sociología española fue ya advertida en estos años por Jerónimo Villalba — comentarista de los trabajos de Ciencias sociales en el *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza* — al pasar revista al panorama de las producciones sociológicas en 1895: «Parece verse — indica — más marcada la tendencia a hacer estudios parciales y detenidos sobre el carácter y constitución de la sociedad, como previos para llegar a su reforma»<sup>8</sup>. En este sentido, el autor que, desde un punto de vista teórico, más amplia y explícitamente sistematiza dicha cuestión es sin duda Adolfo G. Posada. Ya en un comentario bibliográfico en *La España Moderna* al libro de G. L. Duprat, *Science sociale et démocratie*, enfatiza el afán de su autor de buscar

«en las conclusiones de la Sociología un valor práctico, un alcance político»<sup>9</sup>. Asimismo, de la obra *Sociología*, de Dealy, señala en 1910: «El libro de Mr. Dealy está, en mi sentir, dentro de una de las tendencias más importantes, y más dominantes, en el pensamiento sociológico en los Estados Unidos... La tendencia a que me refiero es la que concibe la Sociología como una ciencia de base objetiva, imparcial, razonada; pero a la vez como una ciencia de aplicaciones, como una disciplina útil»<sup>10</sup>.

De ahí que fuera tal motivación la que le llevó a difundir en España, en la primera década del presente siglo, esta tendencia de la sociología norteamericana, particularmente la de Ward, en la que Posada ve implícita una «orientación para la vida», a la par que la «más sólida, sintética y comprensiva de cuantas en la actualidad puedan señalarse»<sup>11</sup>. Y es igualmente siguiendo a Ward como Posada plantea en su tratado *Principios de Sociología* la relación entre la Sociología y el arte social. A la hora de abordar el problema de la «Teoría y práctica en Sociología», señala Posada: «El objeto de la Sociología, la realidad social vivida, obra, de modo también predominante — no exclusivo — y directo, sobre el entendimiento y la voluntad, determinando lo que podría llamarse el «hacer» social, la actividad social, aunque el hacer se produzca hasta cierto punto bajo el influjo iluminador de la luz que irradia de la inteligencia. Contrayéndonos a la esfera superior donde se producen el conocimiento sociológico generador de la ciencia y las realizaciones sociales de indole más definida y elevada — reflexivas —, podría decirse que si la «acción» estimula la labor científica, la ciencia sociológica provoca y puede servir de inspiración y de guía de la acción social»<sup>12</sup>.

Encontramos aquí un planteamiento, pues, muy próximo también al de Weber — «orientar nuestro comportamiento práctico en función de las expectativas que la experiencia científica nos ofrece» —<sup>13</sup>, esto es, la ciencia ejerciendo de «guía» que ilumina racionalmente la praxis social. Ahora bien, conviene distinguir muy claramente el punto de vista «científico-sociológico» del punto de vista estrictamente «práctico» respecto a la realidad social, es decir, la ciencia de la acción, el «es» del «debe». Por eso, afirma Posada más adelante: «Para nuestro objeto lo social es una idea, es relación de conocimiento y contenido de una doctrina, objeto de ciencia, cuyo contenido es la realidad sobre la que se trabaja. Nada más lejos de nuestro propósito inmediato que hacer obra social, que aplicar a la vida las ideas, que realizar con arte principios. Lo cual no quiere decir que no podamos y debemos considerar la obra social práctica, resultante del hacer general del conjunto, y el arte social, obra del hacer específico del sociólogo de acción, toda vez que entraña todo ello todo el hacer social, un punto de vista teórico, doctrinal, o sea una relación de conocimiento. La Sociología, en efecto, resultaría incompleta si descuidase la relación que supone la actividad o el punto de vista de la acción, no como acción y en cuanto se produce o se hace, sino como problema que suscita con gran intensidad la curiosidad intelectual». Y más adelante añade, corroborando la idea anterior: «En la fórmula: «la Sociología es la interpretación de la realidad social», se ha de comprender, no sólo los problemas del qué, del cómo — evolución, proceso — y del por qué de lo social como real, o bien si se quiere, de la sociedad como substantivación de la realidad social, sino los de la realización de lo social, como expresión de la proyección ideal, y, de modo más concreto, el problema de la acción que, en cierto sentido supone el de para qué conocemos e interpretamos la realidad social»<sup>14</sup>.

No puede expresarse, en suma, de modo más claro cómo entendían nuestros pensadores sociales de la época la relación que se podía — y era preciso — tender entre la ciencia sociológica y la actividad social, a la par que guardando las debidas distancias entre el nivel teórico de la ciencia y el nivel práctico de la política, es decir,

entre el científico y el político — preocupación que está, asimismo, muy presente en la citada obra de Max Weber—. El hilo conductor de la vinculación entre la ciencia y su proyección ideal, entre el «es» y el «debe», discurre aquí a través del *para qué*, esto es, de la finalidad propuesta en el quehacer científico, reconocimiento que es enormemente saludable para evitar posibles mistificaciones sobre la naturaleza de la actividad científica.

Ahora bien, conviene dejar bien sentado y discernido que no se sobrepasa en la Sociología aplicada la esfera de lo escuetamente doctrinal y teórico; no es, en definitiva, la Sociología aplicada el gobierno, la dirección efectiva de las fuerzas sociales (función más propia, dentro de este planteamiento, de lo que Posada llama el «sociólogo de acción», o del político práctico), ni es tampoco la Sociología aplicada el Arte social, es ciencia social todavía, esto es, ciencia del Arte social, o, con otras palabras, interpretación de cómo lo social se prosigue. El debe ser social se inserta, pues, en la órbita teórico-sociológica a modo de telón de fondo finalista, que incita y sugiere una práctica sociológica iluminada por la teoría. De este modo, la acción social se convierte en el fin último de la interpretación sociológica, y la Sociología, por su parte, con esta dimensión práctica, sirve a los fines de la vida racional. La propuesta comtiana respecto al sentido del saber, y en concreto de la Sociología, encuentra aquí su corolario. Ninguna ciencia sería así, desde el punto de vista humano — como ya reflejara aquella carta temprana de Comte a su amigo Valat —, un fin en sí misma. El fin próximo de toda ciencia es la organización para la acción. El interés último del sociólogo consistiría, pues, en convertir el conocimiento del proceso social en una promoción más inteligente del proceso. Por más que, como hemos venido repitiendo, esa promoción inteligente del proceso, una vez puesta en práctica, ya sale de la esfera científica y entra en la del «hacer». Lo importante radica, por tanto, en la afirmación del carácter de aplicación que tiene la Sociología, lo cual supone que, como ciencia, no puede descuidar el punto de vista práctico, a la par que se diferencia netamente de la actividad política en cuanto tal, aunque le sirva de «luz» y guía teórica.

En los renglones precedentes, encontramos, en suma, expuesta la fundamentación teórica de expresiones tales como «Arte social», «sociólogo de acción», «acción social», «política social», etc. «El arte social — dirá más adelante Posada — expresa la convicción de que nuestra razón es una fuerza social eficaz y de que la evolución social se produce, en una cierta medida, por la acción reflexiva, que tiende — como la espontánea — a continuar la vida y a mejorarla, según las representaciones anticipadas de lo que ha de ser, o sea del porvenir según un ideal. El arte social, en cierto modo, supone la aptitud del espíritu — individual y colectivo — para forjar ideales, esto es, para forjar una representación anticipada de la realidad social futura, no ciertamente una representación puramente imaginativa o abstracta, como la que se condensa en la utopía, sino una representación elaborada bajo el influjo del pasado — tradición, historia — y con la vista en las condiciones del presente»<sup>15</sup>.

Por tanto, y resumiendo el punto de vista de Posada — que no es otro la actitud generalizada ante este problema en la Sociología coetánea, especialmente la tendencia norteamericana de Ward —, la relación entre el «es» y el «debe» en el campo sociológico, entre la ciencia y la acción social, se plantea en términos de necesaria vinculación complementaria y de radical distinción gnoseológica. Lo social provocaría un doble punto de vista: el teórico-científico — la Sociología como ciencia —, y el práctico — la acción social —, que si bien se mueven en esferas epistemológicas diversas, mantienen — o pueden mantener — una relación fecunda y complementaria.

Lo social, además de su consideración científico-sociológica, es o puede contemplarse al mismo tiempo como obra práctica, como un hacer guiado por la reflexión teórica, surgiendo así — a través de la vía del arte social — una praxis racionalizada e iluminada científicamente.

Partiendo de estos supuestos doctrinales, surgirá toda una línea liberal reformista que va a propugnar la necesidad de un Arte social encaminado a construir una sociedad mejor organizada en nuestro país. El problema, además, era acuciante ante la progresiva agudización de la «cuestión social» en los primeros años del siglo. De ahí que en otro libro suyo escrito por esas fechas — *Socialismo y reforma social* —, Posada proponga, frente a la respuesta revolucionaria, la vía de la reforma, a nivel tanto individual como estatal — mediante una política social adecuada —<sup>16</sup>. Fruto de este planteamiento reformista sociológico en el plano institucional serán los siguientes fenómenos que jalonan la historia institucional ante la cuestión social: proyecto de creación del Instituto del Trabajo en 1.902 por iniciativa de José Canalejas, que no llegó a cuajar<sup>17</sup>, la constitución en 1.904 del Instituto de Reformas Sociales y la fundación en 1.908 del Instituto Nacional de Previsión.

---

## notas

---

<sup>1</sup> C. Comte: *Cours de Philosophie Positive*. París, Ed. Anthropos, 1968, t. I, p. 28.

<sup>2</sup> *Ibidem*, pp. 51-52.

<sup>3</sup> *Ibid.*, p. 18, y t. IV, p. 229.

<sup>4</sup> *Système de Politique Positive*. París, Ed. M. Giard et E. Brière, 1912, p. 3.

<sup>5</sup> *Discurso sobre el espíritu positivo*. Madrid, Ed. Revista de Occidente, 1934, p. 53.

<sup>6</sup> Cfr. P. Giner: «Emilio Littré», en *Amigos y Maestros*, Madrid, 1896, p. 128.

<sup>7</sup> *Sociología de Comte*. Barcelona, Ed. Península, 1971, pp. 11-12.

<sup>8</sup> *La Sociología en 1895*, BILE, XX, 1896, p. 57.

<sup>9</sup> *La España Moderna*, n.º 138, junio 1900, p. 195.

<sup>10</sup> *La Sociología de Mr. Dealy*, BILE, XXXIV, 1910, p. 25.

<sup>11</sup> *La Sociología de Ward*, BILE, XXX, 1906, p. 45.

<sup>12</sup> Madrid, Ed. Jorro, 1929, 2.ª ed., t. II, p. 207.

<sup>13</sup> M. Weber: *El político y el científico*. Madrid, Alianza Editorial, 1967, p. 198.

<sup>14</sup> *Ibid.*, p. 210.

<sup>15</sup> *Ibid.*, p. 289.

<sup>16</sup> *Socialismo y reforma social*. Madrid, Tip. de Ricardo Fe, 1904, p. 7.

<sup>17</sup> Cfr. A. Buyla, A. Posada y L. Morote: *El Instituto de Trabajo (Datos para la Historia de la Reforma Social en España)*. Madrid, 1903.